

Hora Santa

Reflexiones de Eucarística

Por el Obispo William Joensen



Reflexiones de Eucarística

“Tan pronto como sea posible... debemos volver a la Eucaristía con un corazón purificado, con un renovado asombro, con un mayor deseo de encontrarnos con el Señor, de estar con él, de recibirlo y de llevarlo a nuestros hermanos y hermanas con el testimonio de una vida llena de fe, de amor y de esperanza.”

- Cardinal Robert Sarah, “¡Volvamos con Alegría a la Eucaristía!”

Reflexión #1: Corazones purificados

Por medio del profeta Ezequiel, Dios promete que nuestros corazones de piedra serán transformados en corazones purificados y naturales (veamos Ezequiel 36:26). Esta promesa se cumple en Jesús, cuyo corazón perforado es un horno de moldeo de amor eucarístico derritiendo el residuo coagulado del pecado dentro de nosotros. Dios nos conoce desde el vientre de nuestra madre (veamos el Salmo 139:13). Y Dios quiere revelarnos los caminos y las posibilidades que nos conducirán a la paz, la alegría y la felicidad. Jesús es el único camino que llama a la verdad, que le duele la vida espiritual (Juan 14:6).

Al igual que los discípulos en el Camino a Emaús, partir el pan con Jesús en nuestro peregrinar enciende el Espíritu, poniendo en nuestros corazones fuego dentro de nosotros. (Lucas 24:13-35). El contacto con Jesús y las palabras que habla restauran la esperanza, la confianza y la paz despojadas por el pecado. La verdad es que Dios se deleita en nosotros, y nunca deja de amarnos. Sólo Jesús satisface. Cuando comulgamos con Jesús incluso una vez que se despierta el hambre espiritual en nosotros eso no habrá nada que nos pare ni que los mercados en línea nos ofrezcan.

Sin embargo, todavía hay momentos en los que abandonamos nuestro destino espiritual--- incluyendo las veces en que tratamos de encontrar satisfacción en la riqueza y el consuelo, en los elogios de otros, o en el inútil intento de controlar y entender todo lo que sucede en la vida. La indiferencia a la invitación de la amistad con Dios dreña nuestro espíritu e ignora los deseos más profundos de nuestro propio corazón. Nuestra fe inconstante a veces disminuye la luz y la íntima compañía con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sólo el amor de Dios, codificado en la Eucaristía, nos cumplirá.

La Muerte y Resurrección de Cristo, prevista en la última cena y re-presentada cada vez que tomamos el pan y la copa en la Misa, haciendo “esto” en memoria de él, nos ofrece misericordia, el sorbo de compasión que suaviza nuestro propio y duro desprecio. Nuestra culpa y auto aversión se hilan demasiado hacia afuera y se desatan sobre los demás a través del juicio precipitado, el sarcasmo y la difamación, o simplemente ignorando a las personas que vemos cuando pasamos por la calle. Nuestra conciencia nos condena fácilmente por ser crueles, impacientes, orgullosos y posesivos. A pesar de no merecerlo, Jesús todavía anhela venir y morar “bajo nuestro techo”, refrescando y renovando nuestros corazones. El corazón manso y

humilde de Jesús (Mateo 11:29) aligera el yugo ponderado de la autoaversión que hemos tirado sobre nosotros mismos.

Se necesita honestidad, autoconocimiento y coraje para admitir el dolor de nuestra soledad. La soledad puede ser provocada, o puede ser originada sobre nosotros por la pandemia u otras experiencias de pérdida o contratiempo. La soledad no es el resultado de que Dios vuelva su rostro contra nosotros, porque Jesús siempre se dirige hacia nosotros, como lo atestigua la Eucaristía. En medio de esta situación, la conversión no puede ser un proyecto de autoayuda, sino que debe dar lugar a la gracia: el amor de Dios que invade nuestros corazones y mentes, ayudándonos a hacer las paces con nuestra propia vulnerabilidad.

Jesús nos impulsa a volver nuestros rostros para contemplarlo, el hermoso Salvador, a través de los ojos de la fe. Nos transforma para que tengamos ojos que vean, oídos que oyen la misma llamada “sígueme” que despertó a Andrés y Pedro, Mateo y María Magdalena, para mirar más allá de sí mismos y su propio pecado banal. A diferencia de los fariseos, fueron lo suficientemente sabios como para reconocer su necesidad de sanación y purificación.

El monje trapense Erasmo Leiva-Merikakis observa que “los discípulos son hechos por su propia necesidad”. La Eucaristía es el remedio hecho para las necesidades de sanación de cada persona, porque nadie puede salvarse a sí misma. ¡Y esto es una buena noticia! El mismo nombre de Jesús indica que ha venido en una misión de misericordia en nombre de su Padre celestial. El amor de este Padre pródigo lo mueve a enviarnos a su Hijo, sabiendo el precio que va a pagar.

Nos encanta dar lo mejor de nosotros mismos, porque entonces podemos disfrutar de la luz de nuestra propia excelencia. El sacrificio y entrega de Jesús en la cruz testifica que prefiere nuestra necesidad, nuestra pobreza espiritual. Su amplio apetito incluye incluso nuestra contrición por los pecados, una ofrenda de sacrificio consumida en el crisol de su ardiente amor por nosotros. San Efrén de Siria, uno de los grandes médicos orientales de la Iglesia, habla a menudo de la Eucaristía como la Medicina de la Vida. Esta es la política de salud más accesible que podemos imaginar, ya que Jesús mismo ha pagado la prima por nosotros.

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿Cómo se ha desatado mi culpa y la falta de amor propio hacia los demás?*
- *¿Dónde encuentro a Jesús “en mi necesidad”, mi propia vulnerabilidad, buscando sanación y paz? ¿Necesito pedirle a Jesús que me ayude a desearlo por encima de todo?*
- *¿Dónde es más necesario buscar el perdón? ¿A quién debo perdonar?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por una pureza renovada en nuestra devoción eucarística, para que podamos dar verdaderamente lo mejor de nosotros mismos, arrepentirnos desde nuestro interior y reconocer nuestra necesidad de comunión con el Señor Eucarístico de la Vida, oremos...*
- *Por la reconciliación en nuestros corazones, hogares, comunidades e Iglesia, para que el bálsamo sanador del Espíritu reúna a los que alguna vez fueron separados por el juicio y el desprecio, oremos...*

Reflexión #2: Asombro Renovado

Los fuegos artificiales, desfiles y otros espectáculos nos asombran y emocionan durante el tiempo que duran, hasta que nos vamos a casa o hacemos clic en nuestros dispositivos. Sin embargo, seguimos siendo meros espectadores, a menos que nuestra orientación de la vida, nuestra capacidad de contemplar, preguntarnos y percibir lo que se encuentra debajo de la superficie sea remodelada por lo que hemos experimentado. Las multitudes que presenciaron las curaciones milagrosas de Jesús, el dominio sobre la naturaleza, el dominio sobre los malos espíritus, la capacidad de convertir el agua en vino y multiplicar los panes y los peces no entraron automáticamente en una relación más profunda con Dios

Se nos hace un llamado a permanecer, adorar y ofrecernos a Dios a cambio del don de su propia persona, su presencia perdurable como Emmanuel, Dios con nosotros. El Jesús Eucarístico, reservado en tabernáculos en iglesias y capillas alrededor de nuestra Diócesis y en todo el mundo, es el Hijo en el centro de un sistema solar espiritual– todo un universo ordenado por las coordenadas axiales de la Cruz. Todo lo que somos, todo lo que decimos y hacemos, es por la intención del Creador de girar en torno a Jesús.

El Papa Francisco nos advierte —citando al autor de *La Imitación de Cristo*, Tomás de Kempis— contra el tipo de voyerismo espiritual que revolotea de una cosa a otra, ocupando superficialmente nuestros sentidos antes de pasar al siguiente paquete de impresiones estimulantes que se nos suministran en Internet (veamos *Evangelii Gaudium* n. 91). Con qué rapidez podemos convertirnos en los “americanos feos” recorriendo el ciberespacio, haciendo una pausa por un momento mientras tomamos una imagen virtual, y luego revisamos nuestra lista en una mentalidad agotada de “estar allí, hacer eso”. ¡No es de extrañar que nuestros corazones permanezcan inquietos, perdiendo la paz que sólo la presencia de Cristo puede traer! Nuestro “trastorno de déficit de atención espiritual”, ayudado e incitado por la explosión digital, debe ceder por elección para buscar a Jesús y permanecer con él, para una breve visita. Y para aquellos que han cultivado el hábito y el deseo, pasar una hora con Jesús en el jardín, donde el sufrimiento y el consuelo se mezclan a medida que comparte con nosotros nuestra propia porción y copa personal.

Moisés, los Reyes Magos, la mujer Samaritana en el pozo, incluso Nicodemo que vino por primera vez a Jesús por la noche y luego ayudo con su cuerpo sagrado mientras estaba puesto en la tumba: todos estaban dispuestos a doblar sus rodillas, sus voluntades y humillarse ante un Dios disponible para nosotros en signos y sentidos. Sin embargo, Dios sigue siendo irreducible a nuestros preconceptos o preferencias. Cuando Jesús les dice a sus discípulos en Juan 6 que a menos que coman su carne y beban su sangre, no tendrán vida dentro de ellos, muchos oyentes se quejan y se van. Jesús se pregunta si los que se quedan también desean irse. Sin embargo, con la libertad del Espíritu, Simón Pedro exclama: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna” (Juan 6:66-68).

La Adoración es la única respuesta adecuada a la experiencia inmediata de Dios, quien es el único indicado para satisfacer los deseos de nuestro propio corazón. Albergamos un anhelo que excede incluso nuestra propia conciencia; Dios ha inculcado la capacidad de trascendernos a nosotros mismos. Dios a menudo nos proporciona inicialmente una “euforia” que va más allá de la autoconciencia o vacilación, con el fin de unirnos con su belleza y misterio. Sentimos cómo el Amor Divino, la alegría del cielo ha bajado a la tierra. Este amor puro e ilimitado está destinado a contemplar, consumir y dar vida a los demás.

Cuando venimos ante la presencia Eucarística de Cristo, no es ante todo nuestro propio consuelo o estímulo lo que debemos buscar. Los fuegos artificiales espirituales cederán a la quietud, al silencio; la ausencia de sentido guía a las almas listas a la presencia que sólo contempla la fe. El tabernáculo de la reserva Eucarística une y resuena con la presencia de Dios que habita en nuestros corazones. Estamos envueltos en amor, elevados más allá del pecado y la muerte a la libertad y a la vida verdadera. Jesús permanece con nosotros, y en nosotros. El asombro cede a la comunión duradera, transformando nuestra oración por la generosa iniciativa de Dios. La contemplación es la bendición ungida de Dios para aquellos que pueden soportar la tensión y permitir que la gracia de Dios los atraiga más allá de sus propias distracciones.

San Ignacio de Antioquía aconseja: “El que tiene la palabra de Jesús puede verdaderamente escuchar también su silencio, para ser perfecto, para que actúe a través de sus palabras y sea conocido por su silencio. Nada está oculto del Señor, pues incluso nuestros secretos están cerca de él. Hagamos entonces todo lo que sabemos que él está morando en nosotros para que seamos Sus templos, y él Dios dentro de nosotros” (Carta a los Efesios).

Al igual que con María, Madre de Nuestro Señor Eucarístico, guardemos todo en nuestro corazón, reflexionando sobre un misterio que sigue mostrándose, pero sólo a aquellos que buscan algo más que la auto gratificación. Cuán maravillosas son las palabras del salmista: “Hay una cosa que pido al Señor, sólo esto busco: vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida, mirar la belleza del Señor, preguntar en su templo” (Salmos 27:4).

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿Cómo un “trastorno por deficiencia de atención espiritual” se ha manifestado en mi propia vida espiritual?*
- *¿Cuándo busco encontrarme con Jesús en la Eucaristía, ¿qué estoy buscando en última instancia?*
- *¿Cómo puedo estar más atento a Jesús que mora dentro de mí?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por el valor de concentrarnos, que muriendo ante las distracciones que nos abruma, retomemos la paciencia exhausta y calmar el alma que cuestiona, que podamos contemplar el milagro de la Eucaristía con renovado asombro, oremos...*
- *Para que la gracia se arraigue en nuestros corazones y vuelvan a estar firmemente arraigados en la fuente Eucarística de la vida, oremos...*
- *Por la gracia de ver a Jesús, para que nuestro Señor Eucarístico vuelva a agitar nuestros corazones para mirar la belleza de Dios, oremos...*

Reflexión #3: Un mayor deseo de reunirse con el Señor y estar con Él

El éxodo de los Israelitas por el desierto los encontró preguntándose en varias ocasiones si Dios todavía estaba con ellos. ¿Sería Dios fiel a su promesa de alianza y los llevaría a un lugar donde fluía la leche y la miel? En medio de murmullos y gritos, se les presentó “un alimento desconocido”, el maná, que literalmente significa: “¿Qué es?” “Cuando le pidieron que les enviara codornices; los llenó de pan del cielo” (Salmos 105:40). Este “pan del cielo” les aseguró que Dios los acompañaría en su camino peregrino y nunca los abandonaría contra su voluntad. El maná alimentó su hambre, pero era un apetito adquirido que tenía que ser cultivado por una fe más profunda y confianza en el Dios que se expande en nuestros estómagos, nuestros sentidos, nuestros corazones y mentes.

Dios nos lleva a territorio desconocido en nuestras vidas, y nos pide que le ofrezcamos nuestra hambre, nuestra pobreza espiritual y nuestra vulnerabilidad. Nos ha permitido entrar en una pandemia global que nos ha dejado sintiéndonos secos y agotados. Al igual que los israelitas, estamos tentados a quejarnos y deseamos volver a como estaban las cosas. Dios puede encontrarnos en donde estamos y en nuestros términos, pero no nos deja permanecer encerrados en lo familiar. Jesús nos llama a salir de nosotros mismos a las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad por una comunión que perdura para siempre. Esta relación perdurable con el Dios Trino es en sí misma la “tierra prometida” buscada por los israelitas. La pandemia es una oportunidad más reciente para purificarse en su interior, para reconocer la presencia de Dios y para encontrar consuelo en nuestra dependencia de Cristo.

El Papa Francisco habla a menudo de una “iglesia de acompañamiento”, un término derivado de las palabras “cum pane”, lo que significa literalmente y espiritualmente “partimos el pan” unos con otros. La compañía privilegiada de los apóstoles en la última cena que oyó a su Amado Maestro llamarlos “amigos”, no esclavos, fueron inicialmente esparcidos por el caos de la crucifixión en sus células aisladas de miedo y vergüenza. Sin embargo, al regresar al Cenáculo con María y los otros, el Señor resucitado irrumpe en medio de ellos, desbloqueando sus corazones con la paz que sólo el Espíritu ofrece y no el mundo.

Se forma un nuevo hábito de estar unos con otros, especialmente en el Día del Señor. Al abrir las Escrituras, partir el pan y al levantar la copa de salvación, el vínculo entre ellos está sellado, porque saben que Jesús está misteriosamente presente en medio de ellos. Aunque pronto salen a vivir a Jesús y lo anuncian a los demás, este vínculo espiritual sigue siendo una fuente de fortaleza y consuelo sin importar a dónde los lleve el camino del peregrino.

Si bien la transmisión en vivo de la liturgia pueden ser una solución temporal por no poder estar realmente presente con Jesús y unos con otros, no es un sustituto de la “presencia” de Cristo que encontramos en la Misa: Ante todo, en las especies Eucarísticas de la Hostia y la Sangre Preciosa; en las escrituras proclamadas y predicadas, en el sacerdote que actúa en la persona de Cristo como cabeza del

Cuerpo; y en nuestras hermanas y hermanos uniéndose a nosotros en la oración.

Aquellos que se reúnen viven su sacerdocio bautismal dando gracias, haciendo ofrendas de sacrificios ante Dios, bendiciendo a Dios y edificándose unos a otros con fe, esperanza y amor. Jesús se entrega a nosotros en la Eucaristía, como anfitrión e invitado de nuestro corazón. Respondemos: “¿Qué me pides, Jesús?” para que realmente SEAMOS el Cuerpo de Cristo el uno para el otro, en un mundo herido y hambriento.

Más allá de la oportunidad de llevar la Eucaristía a los enfermos y a los que se encuentran confinados en casa, la reserva de Jesús en el tabernáculo refracta el amor tierno de Dios, una lámpara que brilla en la quietud de un espacio sagrado que mantiene una atracción magnética para aquellos que guardan la compañía de Cristo en sus corazones. Aunque seamos la única persona en la iglesia que ora ante el Santísimo Sacramento, nuestra adoración nunca es un acto solitario entre Jesús y nosotros mismos, sino que siempre es un acto de la Iglesia. La comunión de santos y ángeles nos rodea, cada uno reflejando un rayo de luz único en nuestro camino de lo que significa estar en Jesús. San César de Arlés aconseja: “Así como entras en este edificio de la iglesia, así Dios desea entrar en tu alma, porque él prometió: ‘Yo viviré en ellos, y caminaré por los pasillos de sus corazones.’”

Si ponemos atención a las promesas del Espíritu, eventualmente incluso en devociones santas como el rosario, novenas, coronillas y otras formas en que listamos palabras a menudo cederán a suspiros y gemidos, a llantos y alabanzas no expresadas. “Oh, cántale, canta su alabanza; ¡dile todas sus obras maravillosas! Gloria en su nombre; Que los corazones que buscan al Señor se regocijen. Vuelve al Señor y a su fuerza; constantemente busca su rostro” (Salmos 105:2-4). San Efrén nos recuerda que nuestra alabanza nos une a la alabanza silenciosa de los ángeles.

Incluso si la atracción gravitacional de nuestra propia humanidad nos mantiene a nivel de suelo, permanecemos bendecidos por el Señor que se acerca a nosotros al acercarnos a él. La inmediatez de su presencia a la que accede la fe es una fuente constante de gracia y gratitud de que nunca estamos solos. Jesús nos acompaña en cada paso del camino hacia el Padre.

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿Dónde reconozco más fácilmente cómo Dios me acompaña a mí y a los demás? ¿Dónde es más difícil de reconocer?*
- *¿Dónde y cómo quiere Jesús encontrarme en mi hambre, mi pobreza espiritual y mi vulnerabilidad?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por un renovado deseo de volver a la Misa dominical, para que los corazones de toda nuestra diócesis ardan con ganas de encontrar a Cristo en la Eucaristía, en la Palabra y en el Cuerpo de Cristo reunido, oremos...*
- *Por aquellos que tienen hambre de recibir a nuestro Señor en la Santa Comunión, que los que están confinados en casa, los enfermos, los que están en las instituciones de cuidado, los que se refugian de la enfermedad, y todos los que tienen hambre de nuestro Señor pronto puedan satisfacer esa hambre con el pan del cielo, oremos...*

Reflexión #4: Recibirlo y llevarlo a Nuestros Hermanos y Hermanas

La presencia eucarística perdurable de Cristo en el Santísimo Sacramento es un tremendo acto de bondad amoroso tierno por un Dios que no es estático ni inerte. Dios se conmueve por la compasión para ayudarnos a acercarnos a su belleza aparentemente cegadora, su total simplicidad. El amor derramado de Dios es una luz que nos guía hacia él. Nuestra oración hablada y no expresada y nuestros esfuerzos por vivir una vida recta nos acercan cada vez más al Misterio Ardiente entre nosotros. Dios y los seres humanos permanecen en el amor mutuamente abierto y que se entrega a sí mismo. “Oh Señor, escucha mi voz cuando llamo; ten piedad y responderme. De ti, mi corazón ha dicho: ‘Busca su rostro’. Es tu rostro, oh Señor, que busco; no me escondas tu rostro” (Salmos 27:7-9). Aun cuando sabemos que la oscuridad y la luz todavía se mezclan dentro de nosotros, nos deleitamos en la realización de nuestros corazones, que se ven radiantes en tu gloria.

Dios Padre toma la iniciativa en Jesús de “ser amigo” de nosotros. Esta amistad es el fundamento de todas las amistades, humanas y divinas. Nuestras relaciones humanas deben reflejar la generosidad de Dios que está más allá de todo mérito de nuestra parte. Si buscamos el rostro de Jesús en la Eucaristía, nuestro siguiente paso agraciado es buscarlo en los rostros y en la vida de aquellos a quienes Dios nos presenta. La autenticidad de nuestra oración se mide en la medida en que el amor a Dios fluye de nuestras vueltas a la vida de los demás que nos rodean. Realmente imaginamos a Dios cuando normalmente nos conmueve ser buenos para nuestros familiares, nuestros suegros, para las personas con las que nos cruzamos en las tiendas o en la carretera. Dorothy Day nos proporciona un criterio desafiante de conciencia cuando ella comenta: “Realmente amo a Dios tanto como amo a la persona que menos amo”. El mandamiento de la Primera Carta de Juan no podía ser más claro: “Queridos míos, amense los unos a los otros, porque el amor viene de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, pues Dios es amor.” (1 Juan 4:7-8). Lo opuesto del amor resta cualquier pretensión de conocer verdaderamente a Dios: “Si alguien dice: ‘Yo Amo a Dios, pero odia a su hermano, es un mentiroso; porque si no ama a sus hermanos a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Este es el mandamiento que recibimos de él: El que ama a Dios también debe amar a su hermano [y a su hermana]” (1 Juan 4:20-21).

El P. Donald Haggerty, un sabio guía espiritual va al grano: “La marca más confiable de un deseo genuino para Dios es el rápido descubrimiento fuera de la oración de oportunidades de sacrificio por el bien de los demás. Entregarnos a Dios en la oración es encontrar una puerta en nuestro corazón que se abra y se abra al corazón de otras personas... La gente a la que no hemos puesto atención de repente atrae nuestra simpatía e interés”. El P. Haggerty concluye: “Este fenómeno que la gente antes ignoraba y evitaba y que de repente ocuparía nuestra atención y deseo sólo puede deberse a la presencia de Dios en ellos y en nosotros”.

Conocer a Dios y su presencia Eucarística que habita en nosotros confirma que somos llamados y enviados a amarnos los unos a los otros. Esta es la comisión que

se nos ha dado al final de cada misa, y la base por la cual seremos juzgados como ovejas del Señor y no como cabras (ver Mateo 25:31-46). Hacer un sacrificio de sí mismo en la oración está orgánicamente relacionado con el sacrificio de nosotros mismos en buenas obras ofrecidas a toda persona que se impone a sí misma, sobre nosotros. Ambos son actos de adoración agradables a la vista de Dios. El converso y místico Adrienne von Speyr vincula nuestra misión en Cristo con la adoración y la alegría: “La adoración de los que creen es siempre el principio y el fin de su misión.”

Al mismo tiempo, no debemos ser engañados si “en las dificultades”, enfrentando nuestros propios límites, ya sea en la capacidad de mantener la atención orante, o de permanecer orientados caritativamente a los demás. Una vez más, von Speyr: “El hecho de que uno llegue a un límite donde uno se siente sobrecargado es en realidad la señal de que la llamada es genuina”. Porque entonces nos enfrentamos a la opción de ocultar o manifestar nuestra necesidad a Dios y a los demás, de una manera que profundice nuestra dependencia mutua. Debemos estar dispuestos a ser vulnerables ante los demás, a confiarles nuestras necesidades, sabiendo que no podemos orquestar sus respuestas.

Los santos pueden estar constantemente dispuestos a ser caritativos; los santos en el proceso se vuelven más verdaderos, más simples, más dignos de confianza en la Iglesia y en nuestra gran cultura donde se intercambia el amor mutuo. Incluso nuestra insuficiencia e imperfecciones son “ligeras” cuando no se ocultan intencionalmente bajo una canasta de orgullo, egos frágiles o engreimiento hipócrita. Aquí, el mandato repetido de Jesús, “No tengas miedo”, es relevante; como el difunto Francis Cardenal George nos tranquiliza: “No tengas miedo de que tu corazón no sea capaz de abrazar a todos aquellos a quienes Dios ama, es decir, a todos”.

El Señor, que no tiene miedo de ser “manso y humilde de corazón”, y que nos recomienda esta bienaventuranza de mansedumbre, nos busca constantemente y nos encuentra si nos dejamos encontrar. Vierte su Espíritu, a sí mismo en nuestros corazones y mentes para que podamos hacer lo mismo por nuestras hermanas y hermanos. Llevemos sabiduría, amor, sanación, esperanza y nuevas perspectivas de comunión a un mundo donde las divisiones son muy reales: divisiones políticas, divisiones económicas, divisiones raciales, divisiones dentro de nuestra Iglesia y comunidades parroquiales. Estaremos libres del miedo si simplemente amamos como Dios quiere, porque la voluntad de Dios y la nuestra se hacen benditamente una. Nuestros rostros se ven unos a otros tal como somos, y nuestros corazones están llenos de la paz, la presencia, la alabanza y la alegría que todo ser humano desea.

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿En qué momento se me ha dificultado amar a mi prójimo?*
- *¿Dónde me invita Dios a sacrificarme por los demás, permitiendo que su amor por mí y mi amor por él se desborden?*
- *¿Cómo puedo crecer en dependencia mutua, tanto sirviendo como siendo vulnerable con los demás?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por el crecimiento en la caridad y en la comunión, para que la Eucaristía que nos une nos confirme en unión entre nosotros y en nuestra misión común de llevar a los demás a Cristo, oremos...*
- *Para una sanación en las divisiones, que las divisiones políticas, las divisiones económicas, las divisiones raciales, las divisiones dentro de nuestra Iglesia y las comunidades parroquiales encuentren sanación en la belleza y simplicidad de nuestro Señor Eucarístico, oremos...*